

Lo que hace Francia con nuestra nación

De París se ha recibido el siguiente telegrama:

«En vista de que numerosos hijos de españoles residentes en Francia hacían valer los derechos que les confiere el Convenio franco-español del 7 de Febrero de 1862, para no servir en el ejército francés, como era su derecho, el Gobierno de la República declara que dicho Convenio queda en suspenso hasta nuevo aviso.

«En virtud de ello, los hijos de españoles serán alistados en el ejército francés y enviados a la línea de fuego.»

El hecho es inaudito e inculcable. Constituye un atropello brutal a los derechos de los españoles residentes en Francia y a la esencia misma del derecho.

Son españoles, según nuestras leyes, los nacidos en España y los hijos de españoles nacidos en el extranjero, y según las leyes francesas, son franceses los nacidos en aquel territorio y los hijos de franceses nacidos en el extranjero. Estas leyes rigen desde hace muchísimos años sin protesta de ninguna de las naciones, teniendo, por tanto, carácter de Convenio tácito. ¿Con qué derecho lo rompe ahora una de las partes sin acuerdo de la otra?

De esa noble y paralela legislación se deduce que los hijos de español nacidos en Francia y los hijos de francés nacidos en España pueden elegir cualquiera de las dos nacionalidades, elección que precisamente se realiza en el momento de llegar a la edad del servicio militar, prestando éste en la nación en que nacieron o inscribiéndose en el respectivo Consulado para prestarlo en la patria de su padre, que va así a ser la suya.

Además había el Convenio expreso citado.

La respuesta al atentado realizado por el Gobierno francés al derecho español es sólo una, si la dignidad de España ha de quedar a salvo: es declararse por nuestro Gobierno que todos los hijos de francés nacidos en España son españoles, y, por tanto, que aquí deben cumplir su servicio militar, a cuyo efecto deben volver a la Península todos los hijos de franceses que se hallen en la línea de fuego o en cualquier parte del ejército de la vecina nación, so pena de si no lo hacen en un plazo prudencial ser declarados prófugos.

¿Hará eso el Gobierno español? No lo sabemos; lo que si sabemos es que su deber es hacerlo, si el Gobierno francés no atiende, revocando la injusta disposición adoptada, la enérgica reclamación que suponemos debe estar a punto de presentarsele.

* * *

Llueve sobre mojado. En Argelia se ha cometido por las autoridades francesas la infamia de publicar en carteles, colocados en las puertas de los Ayuntamientos, los nombres de los hijos de españoles que no se habían incorporado al ejército francés, por haber elegido la patria de sus padres y su ejército; esas listas han sido reproducidas por los periódicos franceses de Argelia.

Para que la ofensa a nuestra Patria fuese mayor, sólo figuraban en ellas los nombres de españoles, y ante las protestas formuladas por los interesados contra la canallasca publicación, sólo se otorgó el que se publicasen también los nombres de los demás hijos de extranjeros que se hallasen en el mismo caso, satisfacción irrisoria, pues su número no llega ni al 1 por 100 del de los españoles, con lo que en las listas pasan casi inadvertidos y sólo sirven para que resalten más los nombres de nuestros compatriotas.

El ministro de Estado presentó hace tiempo una reclamación contra tan brutal desafuero; pero el telegrama que a la cabeza publicamos demuestra el poco resultado obtenido.

Nosotros, puesto que no podemos hacer otra cosa, protestamos enérgicamente contra el atropello de que son víctimas nuestros conciudadanos por parte del Gobierno francés, y pedimos que con la entereza que la gravedad de la agresión exige, se tomen las medidas necesarias para dejar a salvo la dignidad nacional, que va ya sufriendo demasiados atentados, que en las circunstancias actuales menos que nunca tenemos por qué tolerar.

Lo que Inglaterra se propone

Ya que Sir Edward Grey se ha atrevido una vez más a afirmar que Inglaterra ha sido arrastrada a la guerra por que se sentía obligada por su honor a defender la neutralidad de Bélgica, y que el objetivo de la guerra es proteger a Europa y al mundo, del militarismo alemán, resulta siempre de interés oír de boca de un inglés algo sobre los verdaderos motivos que han impulsado a Inglaterra a la guerra, si bien un periódico como el «Times» ha confesado ya que Inglaterra sostiene la guerra por sus intereses y no por la neutralidad de Bélgica.

«La Gaceta Militar», de Santiago de Chile, publica la siguiente carta de un personaje inglés a un conocido comerciante chileno:

«Muy señor mío: He tenido que contestar a su carta con algún retraso, con la esperanza de hallar ocasión para llegar a cierto resultado en nuestro asunto, ocasión que no he encontrado a cau-

sa del lamentable pánico que cada día se apodera más de nuestros banqueros y gente de negocios.

Habremos de esperar hasta que cese la guerra.

Antes de un año no ocurrirá esto, creo si pienso en lo que he oído decir a algunos amigos del Almirantazgo...

No dude usted ni un momento de que la victoria será nuestra. Estamos mejor preparados de lo que generalmente se cree. Supongo que usted no pertenecerá a aquellos que las verdaderas causas de la guerra son el asesinato de Sarajevo, el militarismo alemán o cuestiones de orden político; pues usted sabe muy bien que la vida y la suerte de una nación no se juegan hoy día por esos motivos de honor, y reconocerá que se trata sencillamente de ventilar un asunto de intereses comerciales.

Alemania se había convertido en un veneno mortal para el comercio inglés: el «Madein Germany» era ya una pesadilla insoportable siempre que un inglés iba a hacer un negocio se le anticipaba victorioso un competidor alemán. No sólo Inglaterra sufría las consecuencias de la baratura alemana; ésta se había hecho una plaga universal. Francia, Bélgica y Rusia tenían que contemplar cómo sus fábricas descendían rápidamente, y es un hecho que en estos países, principalmente en Bélgica antes que Inglaterra, nació la idea de una coalición para acabar con Alemania. Antes del ataque a Lieja no sabían los alemanes lo bien preparada que estaba Bélgica. Por lo expuesto, puede usted medir las sorpresas que el porvenir les reserva a los pobres alemanes. Puedo asegurarle a usted que ninguna parte del programa ha sido algo imprevisto para Inglaterra, y que, cualquiera que sea la suerte de las armas, el resultado del conflicto nos reportará ventajas, y los negocios aquí florecerán de nuevo como nunca. Ya han desaparecido todas las fábricas belgas; los territorios más industriales y más florecientes de Francia y de Rusia han sido devastados por los Ejércitos.

Alemania y Austria-Hungría quedarán exhaustas. Quedan, por consiguiente, solas las fábricas inglesas para abastecer al mundo, y si lográramos vencer a España y a Italia para que tomaran parte en la contienda, entonces nuestros propósitos se lograrían más fácilmente.

No hay motivo de ninguna especie para inquietarse por la ruina y la devastación que la guerra produce en el Continente, pues cuanto mayores sean éstas, tanto mayores y positivas serán las ventajas para Inglaterra. Nosotros conservaremos nuestras fuerzas y las de nuestro fiel aliado, el Japón, intactas,

para hacerlas valer en el momento oportuno. Este llegará cuando las naciones del Continente hayan quedado extenuadas, y el mundo horrorizado pida la paz. Entonces seremos los que impondremos las condiciones, cualquiera que haya sido la suerte de nuestras armas en el Continente. Lo que vendrá después, es fácil de adivinar. Seremos los amos del comercio mundial, pero para siempre.

De esto ya se oídará el espíritu destructor de los Ejércitos que ventilan cuestiones de honor en el Continente. Estas consideraciones tienen por objeto mostrarle a usted que las molestias que se ha tomado hasta ahora para la realización de los importantes negocios que nos han puesto en relación no han sido en balde, y que lo único que se necesita es un poco de paciencia para aguardar el triunfo, próximo ya, lleno de las más halagüeñas esperanzas, que ha de llegar para Inglaterra».

El Legionario de la Buena Prensa

Invicto heraldo que a luchar te lanzas como el cruzado se lanzará un día; y en esos campos de la prensa impla temible a paso de gigante avanzas.

Hoy renacen las gratas esperanzas que ayer murieron en la patria mía; a ese grito infernal de la anarquía con todas sus indómitas pujanzas.

¡Quién vencerte osará, noble guerrero, si formas grano a grano la trinchera más fuerte que ha tenido el pueblo ibero!

¡Si! al mado de valientes batallones llevarás una cruz como bandera, y grandes rotativos por cañones!

Josés Rodríguez Redondo.

Restitución de Gibraltar

Intenso revuelo se ha levantado en toda Inglaterra contra el sermón que el 25 de Marzo predicó, en la iglesia de Santa María de Westminster, el doctor Lyttelton, decano de los profesores del célebre colegio de Eton, agregado a la Universidad de Orford.

Toda la prensa inglesa, desde aquella fecha, viene a diario comentando el sermón del doctor Lyttelton, habiéndose éste visto obligado a dar explicaciones en el «Times» y otros periódicos, explicaciones que, lejos de aplacar los ánimos, los ha sublevado aún más.

El tema del predicador fué «Spare Germany», o sea «No destruyáis a Alemania», desarrollándolo en el sentido de que, vencedores los aliados, no se debía aniquilar la nación alemana, tanto por espíritu de caridad cristiana como por la cultura y condiciones de aquel gran pueblo, que tanto ha influido y debe seguir influyendo en el desarrollo de la civilización.

Que Inglaterra debe despojarse de todo espíritu egoísta y proceder como una nación cristiana, pues sin eso, na-